

LA CRIADA DE PUEBLO

POR JOSÉ A. LUENGO

—Sí, señores: en la soledad de los campos, en la quietud de los alcóres, en el sosiego de los jardines cerrados y de los sellados hueitos, oyendo juguetear al viento con las parlantes frondas, mientras, bajo el cielo azul, el hilo de plata de una rústica fuentecita va corriendo mansamente sobre la tierra, es cuando, callada, con pie leve, coronada la frente de frescas guirnaldas, sumidos los ojos en la ensañadora penumbra de sus sedosas pestañas y ceñido el cuerpo divino con una veste transparente, la musa acorre desde el Pindó y se llega solícita al poeta. Sus aladas plantas, cuando pisan las flores, no las matan, sino que les dan nueva vida y más ricos perfumes; y la fimbria de su ropaje acaricia a las modestas hierbecillas que se enhiestan para besarla con el cosquilleo de sus hojuelas y aristas...»

Soltó don Juan Escoiquiz las cuartillas, apretó su espalda contra la del sillón y con tono satisfecho, restregándose beatíficamente las manos, exclamó:

—¡Buen parrafito! ¡Redondo... redondo...! Haré un excelente mantenedor de juegos florales. Entre tanto, llamemos a la criada para que me mantenga, pues el estar sin desayunarse a estas horas no es cosa de juego, ni de juego floral siquiera... Pero ¿qué nombre tiene la maldita? No me gusta tratar con criadas nuevas...

Don Juan se levantó, asomóse a la puerta de su despacho y llamó:

—¡Muchacha..., muchacha...!

Le respondió en la cocina un enorme estrépito de platos rotos. Al ruido acudió la señora de don Juan, sujetándose los cabellos con una peineta. A los pocos momentos se presentó la nueva doméstica, robusta, cuadrada, tan ancha de los hombros como de la cintura, colorada de rostro, estrecha de frente y con unas manos como dos sopillos.

—¿Qué ha ocurrido? le preguntó la señora.

—Pues verá usted: que estaba fregando y había unos platos que se me escurrieron ya dos o tres veces tan y mientras que fregaba.—¡Que vos vais a caer!—les decía yo; pero como si nada... y verá usted: en esto grita el señor desde el despacho:

—¡Muchacha, muchacha!—Y como usted me dijo ayer noche que en cuanto me llamasen tirara todo lo que tuviera entre manos...

—¿Tiraste los platos...?— Interrumpió don Juan.

—¡Qué, no señor! Es que se empeñaron ellos en caerse... Hay platos muy tercos...

—¡Picaros platos...! Acaso tendrían la manía del suicidio—añadió don Juan.

—Mira mujer—dijo la señora— las cosas no hay que entenderlas tan al pie de la letra. Al decirte yo que tirarás lo que tuvieras entre manos quise decir...

—Pero si verá usted...

—Lo veremos todo, menos los platos.

—Y, menos el desayuno—agregó don Juan.

La criada fué a la cocina y don Juan y su corte tornaron al despacho. Don Juan estaba de muy buen humor.

—¡Valiente trozo de berroqueña!—exclamó—. Ya estarás contenta, ya tienes una criada de pueblo, auténtica, a la que nada le falta, ni siquiera el olor a ganado lanar, que denota su origen pastoril.

—Ya se limará, hombre... Todo se puede dar a cambio de su inocencia. Las que llevan aquí mucho tiempo están llenas de picardías. No hacen más que sisar en la clase de los alimentos y en el precio.

—Pero en cambio, estas no hacen más que estropearlo todo. Parece que no han roto un plato y te dejan en dos días sin vajilla; sacuden los muebles como quien cardea lana; ayer, mismo la sorprendí limpiando las sillas del comedor. Aquello era una batalla campal. Ella, desgrefiada, en medio de la estancia, arremangados los recios brazos, arremetía furiosamente contra las pobres sillas; como pudiera hacerlo contra sus más cordiales enemigos, y dejaba caer sobre ellas los zorros sin compás ni medida. Yo creo que no se contentaba con quitarles el polvo y que aspiraba a quitarles los asientos y los palillos. Sin duda para animarse en la incruenta lucha, cantaba una jota con un torrente—¿qué digo con un torrente?—con una catarata de voz capaz de dar envidia al mismo Sténor. Los oídos me estuvieron zumbando durante media hora y la imagen de su rostro, partido en dos por la enorme y abierta boca, no se apartó de mi memoria en un buen rato. Otra vez, si tomas criada rústica, procura que lo sea del todo, que no sepá ni jota, ¿lo oyes?, que no sepa ni jota...

Dicho esto, don Juan se encaminó al comedor para desayunarse. Aun no estaba preparada la mesa. La criada, al verle, deseosa de llenar pronto este menester, fuese al aparador y tornó con las vinagreras en una mano, con el cubierto en otra, con la servilleta sujeta por los dientes y con una libreta debajo del brazo.

—¡Así espera usted menos...!—exclamó, satisfecha.

Don Juan torció el gesto, y por no soltarle una barbaridad miró hacia el entreabierto balcón, por donde una curiosa acacia asomaba su fronda de un fresco verdor, en el que se destacaban sus ramilletes de flores blancas y bien olientes. A través de la móvil arquitectura del follaje divisábase el cielo intensamente azul... Desde la calle ascendía un manso vienteillo lleno de languidez; en la vecindad gorjeaba un canario, y don Juan, por no ser menos, estaba que trinaba, sin dejar, por eso, de comer...

II

Durante los días sucesivos la criada continuó haciendo de las suyas y deshaciendo de las ajenas. El que cambia de residencia cambia de cielo, pero no de ánimo. Tan pastora seguía en Madrid como lo era en los montes de su pueblo; discurría entre los muebles como pudiera discurrir entre los más agrios peñascales, y entre las rocas lo mismo que entre los enseres domésticos; discurría tan mal con los pies como con la cabeza.

—Ya se irá soltando, hombre, ya se irá soltando...—decía la señora.

—¡Soltando!—replicaba don Juan.—¿Has dicho que soltando? Pero, hija mía, si yo creo que habría que atarla para que no se moviera.

Una mañana, don Juan, a quien urgía concluir el discurso para los juegos florales, le encargó que si alguien llegaba con intención de visitarle le dijera que no estaba en casa.

—¿Lo entiende usted?—concluyó.—No estoy en casa para nadie, ni para mi padre.

La criada le escuchó atentamente, asintiendo con la cabeza, con el busto y con todo el cuerpo. A la hora o poco más sonó el timbre y la doméstica salió a la puerta, donde se encontró con un hombre vestido de negro, rasurado de rostro, un poco melenudo y con un sombrero, cuya copa manifestaba cierta inclinación a convertirse en una mitra. Con voz meliflua le preguntó:

—Don Juan Escoiquiz, ¿está...?

—¡Qué! ¡No, señor! No está en casa.

El enlutado, no muy contento con esta respuesta tuvo a bien insistir, y añadió:

—¿Está usted segura?

—¿Que si estoy segura...? El mismo me lo dijo hace un rato, antes de pasarse al despacho. No está para nadie, ni para su padre.

Y cerró la puerta con ímpetu salvaje.

Don Juan, cuando lo supo, encaminóse hacia la cocina de muy mal talante, y sabe Dios lo que hubiera ocurrido si en el pasillo no se encuentra con su esposa, la cual le disuadió de su propósito hablándole de la candidez de la pueblerina y de su inocencia, en aras de las cuales bien podían sacrificarse algunas pequeñas molestias.

—Esto no es inocencia, sino idiotez pura. Yo las prefiero llenas de picardías... No puede ser, no durará mucho...

La cosa se quedó así por entonces. Pero en la noche del siguiente día, mientras el matrimonio acababa de saborear los postres, como don Juan mandara a la criada que la preparase el infiernillo en la mesa del despacho, lo hizo así valiéndose, para encender el aparato, de una cuartilla que contenía una parrafada magnífica. Quiso la suerte que don Juan, por no percatarse de tamaño crimen de lesa oratoria hasta que la criada no estaba bien dormida en su cuarto; si no, en aquel momento mismo, la despidió. Su esposa tornó con la cantinela de la inocencia y de la candidez y la defendió como buen abogado; pero don Juan, sin convencerse e inhábil ya para el trabajo por aquella noche, salió a la calle a pasear como un loco, hasta que con la serenidad del cielo y con el baioteo de las estrellas, que palpitaban como corazoncitos de oro en el seno del infinito, y con la mansedumbre del viento, su disgusto se fué disipando y se desahucó su entreeje. Cuando regresó a su casa, la pálida claridad de la naciente luna invadía el firmamento, y desde un jardín ducal un ruiseñor, con un arpegio de divina melodía, le saludó y le deseó una noche venturosa.

III

Pasáronse varios días más sin que ocurriera cosa digna de mención. Don Juan seguía con su disgusto latente aguardando a cada paso una catástrofe; la señora, hecha un Argos, no perdía de vista a la criada, y ésta, aunque se proponía observar sus instrucciones, procuraba también, de vez en cuando, que don Juan tuviese ocasión de repetir una frase que, por aquel tiempo, parecía servirle de muletila. Se cascaba un vaso, se rompía una fuente, se quemaba el aceite, se cerraba una puerta con estrépito, y el ilustre mantenedor exclamaba al punto:

A semejanza del caballo de Atíla, donde esta muchacha pone las manos no vuelve a nacer hierba.

De esta manera llegó un día—martes por cierto—en que don Juan y su esposa, luego de haber comido, estuvieron un buen rato charla que te charla de cosas tan agradables, que no paraban mientes en

<como se pasa la vida
como se viene la muerte
tan callando>

según cantaba Jorge Manrique.

De pronto acordóse don Juan de cierta visita que había de hacer y mandó a la criada que fuera al despacho.

—¿Entiendes de reloj...?

—Me creo que sí...

—Bueno: pues anda y ve cuanto falta para las tres...